

Protagonista

Inés González Boix, una argentina en misión humanitaria en Africa

Desde hace casi dos años y en condiciones de extrema adversidad, esta religiosa cordobesa dirige doce escuelas levantadas en campos de refugiados sudaneses en Chad, donde a través de la educación se busca integrar a miles de desplazados por el conflicto en el vecino Sudán

Por **Carolina Castillo Marin** | Para LA NACION



De rodillas, sentados en el suelo, muchas veces descalzos y vestidos con una túnica celeste casi idéntica, más de 8000 niños y adolescentes sudaneses reciben diariamente sus clases en improvisadas escuelas en las que, a falta de aulas, el cielo funciona como techo, la arena hirviendo como silla y en las que el maestro ni siquiera terminó la secundaria. Para Inés González Boix, una argentina de 55 años, dirigir las 12 escuelas que bajo estas condiciones funcionan en Kounoungou y Mile, en Chad, en el corazón de Africa, dos campos para refugiados sudaneses dispuestos por el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur), no sólo es su trabajo sino uno de los sueños más importantes de su vida.

"Han pasado ya casi dos años desde que estoy aquí en Guerreda, en el este de Chad, cerca de la frontera con Sudán, donde se desarrolla una terrible crisis humanitaria", cuenta desde el continente africano Inés, en un momento en el que coincidió la luz eléctrica con la conexión a Internet. Y completa: "Trabajo con el Servicio Jesuita para los Refugiados, JRS, una organización que desde hace 31 años apoya a quienes dejan sus países, sus tierras y, muchas veces, su familia por culpa de la guerra y de los riesgos para sus vidas. Son más de 23 meses compartiendo mi vocación con estas personas".

Todos los días, Inés se levanta a las seis. A pesar de los 40 grados que soporta sin ningún tipo de ventilación, le gustaría quedarse conectada un poco más. A esa hora el fuerte ruido del generador eléctrico todavía no la aturde. Recién lo encienden a las 8, cuando parte el convoy hacia los campos.

Es un día común, cuenta, en el que no habrá repartición de víveres. Tras 45 minutos de un viaje que asemeja el recorrido de una montaña rusa que va dando tumbos entre el cielo y el abismo, llegará a Mile. Allí comerá *fatour*, una masa hecha de maíz o mijo que generosamente le comparten los maestros al desayuno. Supervisará en cada una de las aulas la labor docente, participará de algunas de las clases, escuchará historias desgarradoras de los que recién se incorporan al campo huyendo de Sudán y, según la gravedad de cada caso, intentará, por lo menos, orientarlos.

Cuando regresa del trabajo, a las 15.30, su casa aún está sin electricidad. El generador vuelve a funcionar a partir de las 18 y, finalmente, se desconecta a las 22. Aprovecha, entonces, para escribir, llenar los reportes, planificar las actividades y, algunas veces, salir al mercado. "No hay que mirar mucho -aclara-, porque se te cierra el estómago." Con suerte, cada 15 días un camión de Naciones Unidas provee el agua para cocinar y ducharse. Para ir al baño y lavar ropa se usa agua de *wadi*, ríos secos, cubiertos de arena, en los que al cavar unos metros sale el líquido que luego es llevado por burros.

¿Cómo comenzó esta historia? Un día, a fines de 2009, esta religiosa cordobesa anunció a su familia que se iría: "Me voy a Chad. Tomé la decisión después de un largo camino de discernimiento en mi Fraternidad, quien asume el compromiso de hacerse presente entre los refugiados para llevar el carisma de la paz a esas situaciones donde se palpa tan de cerca las consecuencias de la violencia, la guerra y los conflictos". Una verdadera sorpresa. Inés no había salido nunca de la Argentina, no sabía una sola palabra de inglés o francés, acababa de sobrellevar una

enfermedad que le requería controles médicos continuos y, tal como lo prometió alguna vez en sus votos de pobreza, no tenía un peso en el bolsillo.

"¿La monja en Africa? Imposible", pensaban sus hermanos. Esa noche, cada uno desde su casa, frente a la computadora, se concentró en la búsqueda de este país que tan pocas veces les habían nombrado. El panorama no podía ser más desalentador.

"Chad es conocido como el corazón muerto del Africa debido a su distancia del mar y al clima desértico", leía Jorge, su hermano mayor. "El 80 por ciento de su población vive por debajo del umbral de pobreza. Según la ONU es el quinto país más pobre en el mundo", leía su otro hermano, Carlos, desde La Rioja. "Sólo el 2 por ciento de la población urbana tiene acceso a agua potable", se impresionó César. "A causa de la guerra han muerto más de 300.000 personas y se han desplazado casi 2,7 millones de sudaneses a Chad", leía, preocupada, su hermana Mary. Para ella, sin embargo, nada de todo esto representaba un impedimento. Sabía que atravesaría una situación extrema, pero que no se comparaba con la de quienes siempre habían vivido en estas condiciones. Valía la pena.

Charlas, regaños y hasta súplicas de sus seres queridos y amigos se convirtieron -tras las explicaciones incansables de Inés- en gestos de apoyo, compañía y regalos para su nueva vida. Su hermano Jorge cuenta que siempre le decía: "Habiendo tanta gente necesitada en la Argentina, ¡qué ganas de irse tan lejos! ¿Por qué no seguir en las Hermanitas de La Paz, la fraternidad que había conformado en Córdoba?" A lo que ella respondía: "La gente que más me necesita es aquella que perdió todo: su vida, su país, sus sueños, su nacionalidad y son pocos los que se animan a luchar por la causa de los refugiados".

Precariedad y dolor

Desde la ventanilla de la avioneta que la llevó hasta Guereda, después de una breve estadía en N'djamena, la capital chadiana, en la que Inés tramitó su permiso de estadía, vislumbró un desierto del que emergían construcciones cuadradas del mismo color ocre de la tierra, cubiertas con techos de paja. Las condiciones del aeropuerto, que no es sino una porción de arena despojada de piedras, le anunciaron que la precariedad y el dolor de Africa se respiraban en el aire.

"Tuvimos la dicha de poder compartir un fin de semana juntos. Inés llegó con algunos temores, lógicos para quien aterriza en estas tierras, pero con un corazón grande y presto a brindarse de lleno. Fue una alegría dejar el proyecto en manos de una compatriota", recuerda Ignacio Gómez, el jesuita argentino al que ella reemplazó.

Inés es la única latinoamericana que participa de este proyecto educativo para refugiados. Los demás directores son africanos, provenientes de Camerún, Burundi, Congo, Burkina Faso y Costa de Marfil, sin duda más cercanos a la realidad africana y al idioma. Pero Inés, contra todo pronóstico, aprendió francés y se apropió de una nueva cultura después de los 50 años. "Es admirable lo rápido que aprendió el idioma, sólo tuvo un mes de clases en París antes de ir a Africa y ahora está empezando con el árabe", dice, orgulloso, un sobrino suyo, Javier González Boix.

Un informe de las operaciones en 2011, publicado por Acnur, señala: "Casi el 98 por ciento de los refugiados se han visto atrapados en situaciones de exilio de larga duración. La integración local se está convirtiendo en una opción más realista que la repatriación, pero la falta de seguridad complica esta decisión. La seguridad de muchas personas bajo el amparo de Acnur sigue estando amenazada en la República Centroafricana, Chad".

Un título no reconocido

Mile, Kounoungou, Iridimi, Touloum, Amnabak, Goz Beida y Koukou son siete de los 12 campamentos en el este de Chad en los que la educación está dirigida por JRS. Allí viven más de 100.000 personas, de las cuales el 25 por ciento, conformado por maestros y alumnos, se benefician del proyecto del que es parte Inés y que busca mejorar la calidad educativa primaria y secundaria, en varias fases.

La primera ha sido la construcción de las escuelas. "Hay aulas de material, pero también hay muchas precarias, con piso de arena, donde los niños se sientan en alfombras tipo plástico, que duran bastante poco. En Mile las escuelas son 10, algunas sin techo, por lo que es común dar clases bajo los árboles", describe Inés.

La segunda fase incluye la preparación pedagógica de los maestros. Pero, ¿cómo explicarles cómo dictar clases a personas que no han estudiado para ser docentes y que tampoco quieren serlo? ¿Cómo pedirles que trabajen sin recibir sueldo? Ese es el trabajo de la religiosa, aquel que la anima a levantarse cada mañana, que hace que no le importe comer todos los días arroz y fideos, o luchar con la lejanía de sus seres queridos.

La tercera fase, dirigida a quienes ya terminaron el ciclo primario, ofrece formación en francés, inglés, computación y actividades como teatro o música. "En todos los proyectos educativos se realizan las campañas de sensibilización a la escolarización, en especial de las niñas, a la cohabitación pacífica, la prevención del sida, el respeto y la igualdad de género", cuenta.

Lamentablemente, a pesar de que los chicos se esfuercen y cursen en estas condiciones, su diploma no tiene validez en ninguna parte del mundo. Los que terminan prefieren arriesgarse y volver a Sudán para validar su título, aunque saben que algunos pierden la vida en el intento debido al conflicto en Darfur.

Desde febrero de 2003 se están produciendo enfrentamientos en esa región de Sudán, y por esa razón los sudaneses pasan la frontera para refugiarse en Chad. La lucha por el control de los pocos recursos naturales entre la población de origen árabe y de etnias negras se mantiene. Por una parte están las milicias apoyadas por el gobierno de Sudán y, por otra, los grupos armados de oposición: el Movimiento de Liberación Popular de Sudán y el Movimiento por la Justicia e Igualdad (MJI). Algunas semanas atrás, uno de los principales líderes del MJI, Khalil Ibrahim, y quien comenzó la lucha armada en Darfur 10 años atrás, fue asesinado por el ejército sudanés y la guerra recrudeció. "Los odios étnicos son muy fuertes y no se pueden ver unos a otros. Ni siquiera se pasan el agua -cuenta la religiosa argentina-. Muchos de ellos pertenecen a las tribus que masacraron a sus seres queridos y llegan al mismo sitio a refugiarse. Hay violaciones y asesinatos, pero nadie denuncia."

Pese a que el número de refugiados se ha multiplicado en los últimos años, a que los maestros siguen reclamando por mejorar su incentivo, a que sólo uno de cada cinco accede a un libro y a que las condiciones sean cada vez más complejas, Inés no se derrumba. "Es difícil, pero todos los días tengo una alegría. Para los niños he pasado de ser *nazara* (blanca) a ser Inés, he conseguido construir un toldo para que los refugiados puedan estar a la sombra en las actividades, he visto la sonrisa de los chicos que gracias a sus notas han sido premiados con una birome que atesoran, he compartido el gozo de ver crecer las pequeñas plantitas plantadas en las escuelas y que luego darán sombra. En esos gestos, en el caminar los campos cada día descubro el desafío de seguir apostando por la paz que se hace cercanía, que se hace acompañamiento, que se hace servicio. Y con eso me alcanza."

© La Nación

QUIEN ES

Nombre y apellido: Ines Gonzalez Boix

Edad: 55

Junto a los refugiados: Conocida como Inés de Jesús, esta religiosa cordobesa pertenece a la Fraternidad de la Paz, de la localidad Cruz del Eje, que hace unos años comenzó a colaborar con el Servicio Jesuita para los Refugiados (JRS).

De Córdoba a Chad: Tras una breve estadía en Francia, donde estudió francés y se preparó para su misión en Africa, llegó a Chad. Allí, desde hace 23 meses, dirige 12 escuelas ubicadas en campos de refugiados para sudaneses que escapan del conflicto armado en su país..